

más sensatas que las que yo le encargo que guarde. Juradme que no direis á nadie lo que habeis visto en mi casa, porque se me irrogarían grandes perjuicios.

—¿Cómo he de jurar?—dijo Baruch, decidido á no pronunciar un juramento tan terrible como el de la Cábala.

El médico interpretó de distinta manera su pregunta.

—Teneis razon,—contestó;—si pudiérais jurar, no podríais oir lo que voy á leeros. Tal como lo veis fué escrito en la cancillería del diablo; el libro es una herencia de un dominico; su autor es el emperador de Alemania Federico II; comprendereis fácilmente su título: *De tribus impostoribus*. Tiene veintinueve proposiciones. Sentaos, que voy á leer.

Baruch temblaba ante la impiedad y el frio análisis que le revelaba este escrito. Cuando oyó leer que Dios sigue siendo más incognoscible que ántes despues de la revelacion, le pareció que querían arrancar de su alma con pinzas de fuego la sustancia de toda conciencia religiosa.

—Amigo mio,—dijo el médico levantándose;—cuando conozcais mejor la vida, comprendereis que ha pasado el tiempo de las religiones. Penetrad en el gran santuario de la sabiduría antigua, y decidíos á gozar, á ser irónico y á guardar silencio...

—¡Horrible laberinto!—dijo Baruch para sí al marcharse, sintiendo un gran pesar en el fondo de su corazon;—pero es imprescindible, necesito encontrar una salida.